

CAPÍTULO XXIII

HUNGRIA Y TRANSILVANIA.

Continuaba la Hungría siendo regida por una constitución que reunía los inconvenientes del feudalismo y de la monarquía efectiva. El rey no podía hacer la paz ó la guerra, ni establecer impuestos sin el concurso de la dieta, compuesta de los grandes oficiales, de los prelados, de los magnates, representantes de los condados y delegados de las ciudades reales. Elegido el palatino por el rey entre cuatro candidatos, ponía aun trabas á las prerogativas que le quedaban; vigilaba la ejecución de las leyes, mandaba el ejército; y el antiguo derecho de insurreccionarse siempre que el rey violaba los privilegios de la nación subsistía aun desde el rey Andrés.

La animosidad entre católicos y protestantes empeoraba el estado de las cosas, y la condescendencia que Leopoldo manifestaba con el celo de los jesuitas agriaba á los húngaros en quienes el calvinismo avivaba el amor á las antiguas libertades. En su consecuencia pensaban que en concepto del emperador, no podía dominar sobre ellos como rey absoluto sino estirpando el protestantismo y sosteniendo un ejército á su devoción.

Por otra parte, los turcos, que deseaban poseer siempre la Hungría se mezclaban á sus intereses dando la mano á los príncipes de Transilvania (1629). Bethlen Gabor había asegurado la independencia de aquel país; y reconocido por la Turquía, como su sucesor, Jorge Ragozy, sostuvo á los protestantes, que obtuvieron con su intervención liberales condiciones. Su hijo Jorge II le sucedió con el consentimiento de los Estados y de la Puerta: como las minas le habían procurado grandes riquezas, fué adulado por los extranjeros. Carlos Gustavo de Suecia fué secundado por él en la guerra que hizo á la Polonia, cuyo trono ambicionaba. Mahomet IV, que se lo había prohibido, envió al bajá de Buda, que, habiéndose unido á

los tártaros asoló el país, le impuso pesadas contribuciones, y dió el título de príncipe á Acac Bartsai. Pronto abdicó éste en favor de otro; pero la nación le disputó este derecho; aumentáronse las disensiones, y Ragozy recobró el poder. Cuando murió peleando contra los turcos, el gran señor pensó en reunir la Transilvania á su imperio. En el ínterin, obligaba á los Estados á cambiar de príncipe á su antojo, para tener ocasión de espedir costosos diplomas á personajes que no pensaban en ellos. Envío tropas el emperador para alejar el peligro de una invasión. Pero precisados los príncipes de Transilvania á sostenerse entre el Austria y la Turquía, se encontraba cada vez más comprometida. Cuando después llegó Montecuculli con su ejército para la guerra de Transilvania, los húngaros concibieron recelos; resonaban las dietas con quejas, y Leopoldo se creyó obligado á negociar con la Puerta, que le entretuvo con palabras, mientras que ella se preparaba á un ataque vigoroso.

La tregua de veinte años con la Puerta pareció proporcionar al Austria la ocasión de realizar los proyectos que alimentaba hacia mucho tiempo contra la Hungría (1663), que no cesaba de quejarse de la larga permanencia de las tropas extranjeras, gentes indisciplinadas que atentaban á las propiedades y al honor de los habitantes. Temían los húngaros que Leopoldstadt y otras plazas fuertes construidas contra los turcos amenazasen á la libertad del país. Por un lado el pueblo que sufría y los protestantes que desconfiaban, por otra los nobles católicos, pero no menos turbulentos, se contrariaban entre sí con la esperanza de apoderarse de la autoridad en virtud de las turbulencias. Varios de estos últimos formaron una liga, á cuya cabeza estaba Pedro, conde de Zrini, ban de Croacia, que se entendía con Miguel Abaffi, príncipe

Transilvania y con otros muchos descontentos ó enemigos del Austria. Pronto se hallaba á estallar una sublevación general, cuando teniendo aviso de ella el emperador, envió con una prontitud no acostumbrada, tropas á todos los puntos (1667). Los Zrini, los Frangipani, los Nadasti, los Tenttenbach, jefes de la conjuración, fueron ejecutados (1). Sus hijos degradados de la nobleza perdieron hasta sus nombres. Trescientos nobles fueron enviados al cadalso ó desterrados; otros se rescataron por inmensas sumas. Aseguróse Viena con aquellas ejecuciones, y aumentó su tesoro con aquellas inmensas riquezas; pero la avaricia y la infidelidad de los favoritos la perjudicaron más.

No se comienza á derramar sangre para detenerse cuando conviene. Ahora bien, parecía resultar de la investigación de los papeles que se habían cogido que toda la nobleza, ó su mayor parte, estaba comprometida en la conspiración. Como no se podía entregarla toda al verdugo, adoptó el ministro Lobkowitz, como temperamento, el partido de abolir la constitución húngara. Habiendo pecado toda la nación, todos debían perder sus privilegios, como se llamaban los derechos que se había reservado al entregarse á la casa de Austria. Convocó entonces á todos los nobles; pero ninguno de ellos se presentó por temor de ser asesinado, y Leopoldo publicó una ordenanza por la cual «en castigo del atentado y de la desobediencia contra su persona, en nombre del poder que había recibido del cielo,» impuso á los húngaros una contribución para el sostenimiento de un ejército permanente de treinta mil hombres, que, acantonado en el país, alentó á los agentes imparciales á los mayores abusos, cometiendo él mismo mil escésos. Por otro edicto concedió el emperador perdón esceptuando á algunas personas; declaró la autoridad real absoluta, la abolición de las dignidades de palatino, de juez del tribunal, de ban de la Croacia, de la Dalmacia y de la Esclavonia. El húngaro Juan Pascual Ampringen, gran maestre de la orden Teutónica, hombre inexorable, fué nombrado gobernador general con un consejo designado por el emperador; y confióse una autoridad muy estensa á los comandantes de las tropas, como en un gobierno militar.

La mayor parte de las venganzas recayó en los protestantes, como considerados los principales motores de la rebelión, y cuéntase que doscientos cincuenta ministros fueron condenados á ser apedreados ó quemados; conmutose su pena en la de trabajos forzados; pero como el aspecto de la miseria de tantos respetables personajes escitaba la

(1) Se dice en la *Perfecta y verdadera relación de los procesos criminales y ejecuciones*, etc. (Viena y Milan, cerca de la corte 1671) que «su majestad por su innata clemencia, ha querido conceder la gracia de asistir á la instrucción de los procesos, aunque no esté en uso en los crímenes de lesa majestad.»

indignación, se les vendió á razón de 50 coronas por cabeza para remar en las galeras napolitanas (2).

Tekeli.—Lo que no era más que un temor aislado, estalló pronto en furor universal; y sin distinción de católicos ó protestantes formóse un inmenso partido, llamado de los *descontentos*. Apoyados por el príncipe de Transilvania y por el bajá de Buda, se sublevaron y apoderaron de varias plazas (1675). A su cabeza estaba Emerico Tekeli, hombre de gran capacidad y que alimentaba un odio implacable contra el Austria, que había hecho perecer á su padre. Publicó un manifiesto con el título de *Cien agravios de los húngaros contra los alemanes*. Dando á los suyos el nombre de cruzados (*kruzcy*), escribía en sus banderas, *Campeón de Dios y de la patria*, al paso que reclamaba el apoyo de los turcos. La amnistía y la paz prometidas por Leopoldo parecieron pérfidos engaños, en atención á que se negaba á retirar sus tropas. Siempre atento Luis XIV á debilitar á los austriacos, asalariaba un cuerpo de polacos al servicio de los húngaros. Así fué que Tekeli hizo acuñar moneda con la siguiente inscripción: *Pro libertate et justitia*, y por el reverso: *Ludovicus XIV, rex Gallia protector et patronus Hungariae*.

Desgraciadamente para los insurrectos habiéndose verificado entonces la paz de Nimega (1679), no tuvo ya Luis XIV interés en sostenerlos, y Leopoldo pudo atacarlos con fuerzas más considerables. Pero los soldados se desertaban, lo que obligó al emperador á negociar y á prometer de nuevo al país un palatino (1680). Tuvo que designarle de entre los cinco candidatos propuestos por los húngaros, y su elección recayó en Pablo Esterhazy. Quitósele su exorbitante poder al gran maestre; abolióse el empleo de gobernador general; y el emperador prometió que todas las injurias se olvidarian, y que la religión protestante sería libre como en 1608. Pero los protestantes creyeron ver ambigüedades insidiosas en las concesiones que se les había hecho, lo que les hizo rechazarlas, siendo éste un pretexto para violar también las demás.

Habiendo, pues, declarado entonces los turcos la guerra al Austria, prometió Tekeli secundarles, y el bajá de Buda colocó sobre la cabeza del jefe húngaro un turbante enriquecido con pedrería (1682) sobrepuesto de una pluma de garza; además le remitió un sable, una maza de armas y un estandarte, como tenía costumbre de hacerlo la Puerta con aquellos á quienes daba la investidura. Trató al emperador de ganarlo á su partido concediéndole la mano de Elena Zrini, viuda de Ragozy, á quien adoraba, y que le llevó en dote inmensos bienes, como también soldados; pero saludado Tekeli por la Puerta como *señor de la Hungría media*, adoptó el título de príncipe.

(2) SACY, *Historia general de la Hungría*, t. II, página 515.

Después que Leopoldo rechazó con el acero de otro rey la invasión de los turcos, procuró aprovecharse de la ventaja que le proporcionaba la victoria para humillar á los húngaros y hacer hereditaria la corona (1684): en su consecuencia, proclamó un perdón general á los descontentos, á los cuales devolvió su honor y bienes, prometiendo hacer justicia á sus agravios. Mas los que se sometieron fueron tratados como rebeldes por Tekeli, resultando confiscaciones y suplicios, y el país sufría, maltratado unas veces por los austriacos y otras por los tártaros. Disgustado Sobieski de la tiranía de que era testigo, se retiró declarando que era aliado del emperador contra los turcos, y no contra sus súbditos. Sin embargo, reforzado el ejército de Leopoldo por los príncipes del Imperio, obtuvo la mejor parte: fué batido el seraskier en Estrigonia (1685), y hubo muchas deserciones en las tropas de Tekeli. Abaffi puso á la Transilvania bajo la protección del Austria, escepto los privilegios de las tres naciones húngara, sajona y sicla, como también las cuatro religiones católica, luterana, calvinista y sociniana.

Las derrotas de los turcos recaían sobre los húngaros. Nombrado Caraffa gobernador de la Alta Hungría, se entregaba desembozadamente á toda su crueldad; había establecido un tribunal compuesto de oficiales sin ningún conocimiento de las leyes, y de ciudadanos afectos á la corte, que condenaban por simples sospechas; de tal manera, que treinta verdugos estuvieron mucho tiempo ocupados en descuartizar, enroscar y decapitar (3).

Resolvió entonces Leopoldo abolir la elegibilidad de los reyes y el derecho de insurrección; en lugar de reunir la dieta, convocó, infringiendo la constitución, á los diputados de la nobleza en Viena (1687), donde les intimó renunciar á aquellos privilegios y coronar á José, su hijo, como heredero del trono. Aunque este príncipe y el emperador asistieron en persona á la asamblea; aunque se conoció la imposibilidad de decir no, no por eso fué menos viva la oposición, y ni los halagos ni el terror pudieron triunfar del mayor número. Habiéndose establecido una discusión muy animada entre el conde Nicolás de Drascovicz, cuyo voto era de gran peso, y el ministro del emperador, cayó aquel atacado de una apoplejía. Unos consideraron en esto un asesinato, otros un castigo del cielo; pero el temor y la superstición hicieron que el clero y los nobles se resignasen á lo que de ellos se exigía, aunque á condición de que no permaneciera el derecho hereditario sino en los varones. De esta manera se estableció la dominación austriaca en Hungría; y habiendo sido coronado José, juró sostener los derechos y privilegios de la nación, según fuesen interpretados en la dieta por el rey y los Estados. Con objeto de volver á poblar á la desierta Hungría, consintió Leopoldo en que los

(3) COXE, cap. 66.

griegos que habitaban en la Bosnia y en la Croacia fuesen á establecerse, con la libertad de su culto, en Esclavonia y en Hungría, donde fundaron varios obispados.

Las tropas austriacas invadieron de repente la Transilvania y establecieron en ella sus cuarteles de invierno, bajo el mando de Caraffa, que ejerció en la misma su habitual crueldad; llegada después la primavera, se negó á salir de ella, á menos que sus habitantes jurasen fidelidad al rey de Hungría, conservando sus privilegios y el derecho de elegir á sus príncipes, que confirmaría el emperador. Este era un primer paso hacia un avasallamiento total. Después cuando los austriacos obtuvieron nuevas victorias sobre los turcos, el príncipe de Baden condujo el ejército victorioso á Transilvania, y violó, á título de necesidad, los privilegios del país, exigiendo una contribución. Sus naturales recorrieron á la Puerta. Habiendo muerto Abaffi (1690), confirióse el principado á Tekeli, que había huido de su patria sometida al extranjero, y le dió diez y seis mil hombres para defenderse de otro príncipe nombrado por Viena. Pero entró Tekeli en el país por caminos impracticables, derrotó á los austriacos, y reinó á despecho de ellos. Pero pronto fué arrojado de allí, y se estableció un gobierno austriaco en nombre del joven Abaffi II. Esta administración se arrogó de continuo derechos cada vez más estensos, é hizo á Abaffi resignar el principado (1699) mediante una pensión y títulos. Desde entonces cesó la Transilvania de tener príncipes, y fué gobernada por una cancellería áulica que residía en Viena.

La paz de Carlowitz confirmó al Austria la Transilvania y la Hungría; pero mil cuatrocientas familias prefirieron permanecer en el territorio otomano, donde se les concedieron tierras y la libertad de conciencia. Ambos países fueron para el Austria una barrera contra los turcos, y después de haber sido para ella peligrosos rivales, se encontraron llamados á servir de principal apoyo á su nueva grandeza.

Leopoldo no quiso nunca perdonar á Tekeli, obstinado defensor de los privilegios húngaros ni restituirle sus confiscados bienes ó el equivalente. Refugióse, pues, entre los turcos, que al principio proveyeron á sus necesidades; después, como acontece comunmente, le abandonaron. Vióse entonces reducido á buscar un asilo entre los judíos de Constantinopla; y habiéndose hecho tabernero, murió católico, después de haber inquietado á tres reinos por su celo en favor del protestantismo. La hermosa y generosa Elena, su mujer, defendió tres años á Monkatz; precisada después á ceder, fué conducida á Viena, donde la encerraron en un monasterio. Habiendo sido luego canjeada con el mariscal Heister, pudo ir á unirse á su marido, de cuya miseria participó. Nunca se le devolvieron sus hijos.

Caraffa fué hecho feld-mariscal. Parecía que el gabinete austriaco no había tratado de sujetar á la

Hungría más que para extirpar el protestantismo; pero en lugar de proceder con resolución recurrió á los medios tortuosos que irritan, y no terminó nunca. Francisco Leopoldo Ragoczy, hijo de Elena, después de haberle sido arrebatado, fué devuelto á los jesuitas, y se educó entre ellos en Bohemia. Devuelto después á Hungría, fué de repente preso aunque vivía muy tranquilo, violando de aquella manera los privilegios, acusándole de meditar la venganza de su familia y de estar en connivencia con la Francia (1701). Habiendo no obstante conseguido escaparse, se refugió en Polonia, donde le persiguió la sentencia de muerte. Después, cuando la guerra de sucesión obligó á Leopoldo á retirar sus tropas (1703), tomó gente á su sueldo, y habiendo pasado los Carpatos llamó á los magnates á recobrar sus derechos. El terror los había desalentado; así fué que no fué escuchado sino de un pequeño número; no hubiera podido sostenerse si no hubiese recibido socorros de Francia y de Baviera. Recurrió entonces Viena á las negociaciones; pero los húngaros volvían á pedir que fuese él rey elegible y el derecho de resistencia legal; que se escluyese á los jesuitas, y que se reintegrase á los protestantes en sus derechos; lo que hacía que el arreglo fuese imposible. Cambiaron, pues, las cosas en contra de Austria; y aproximábase Ragoczy á Viena, cuando murió Leopoldo (4).

José I.—Sucedióle José I á la edad de veinte y siete años. Había sido educado por Carlos Teodoro Oton, príncipe de Salm-Salm, y por el sacerdote Rummel, que le inspiraron para corregir sus defectos sentimientos religiosos y amor á las ciencias. Aprovechó de sus lecciones, y conservólos cerca de su persona, cuando se ciñó la corona imperial. Obró en la guerra de sucesión española con una firmeza que podía perderlo todo. Proscribió á los electores de Baviera y Colonia, auxiliares de la Francia, y creó un nuevo electorado para la casa de Hannover, á condición de que su voto fuese siempre en favor del príncipe austriaco; bajo la cual había también permitido á Federico I tomar

(4) Cuéntase entre las mujeres piadosas á Leonor, mujer de Leopoldo I. Siendo soltera, huía de las diversiones y se ponía al sol con objeto de perder la blancura de la piel y no encontrar marido. Solo se decidió á casarse con Leopoldo por habersele dicho que la Providencia la destinaba al mayor trono del mundo para bien de la religión católica. Se conservó del mismo modo en la corte, ocupándose en cuidar de los pobres, en trabajar para los ornamentos de las iglesias, en ir con los pies descalzos en procesion y peregrinacion. Por la parte interior de sus pulseras, adornadas con pedrerías usaba puntas de hierro; se daba disciplinazos hasta hacerse sangre, y se imponía rigurosos ayunos. En el teatro, tenía un libro de salmos, cuyo forro era semejante á los libritos de la ópera. Fué enterrada sin pompa, como lo había pedido, con esta inscripción: *Leonor, pobre pecadora, murió el 19 de enero de 1719.*

el título de rey de Prusia. Hizo decretar que los reyes de Bohemia debían votar, no sólo en la elección del emperador, sino también en todas las deliberaciones. En Italia proscribió las familias de Mantua y de la Mirandola; pero escitó una sublevación entre los bávaros, tratándolos con severidad hasta el punto de precisarlos á servir en sus ejércitos: veinte mil insurrectos, á las órdenes del estudiante Mainl, se apoderaron de varias pequeñas plazas (1705). Los austriacos se vieron precisados á tratar y se convino en una amnistia durante la cual invadiendo las tropas imperiales del país, mataron todo lo que se les resistió sin dejar tras sí más que el silencio y el odio.

Estraño hasta entonces José á los negocios de la Hungría, pudo introducir alguna dulzura en las persecuciones de su padre, y reemplazar á sus ministros con otros menos odiosos; pero exasperados los rebeldes é impulsados por Luis XIV, no entendieron razones, y llegó á ser la guerra necesaria. Viendo Ragoczy prosperar á los austriacos, propuso á la dieta reconocer á José I, aunque formando una confederación como en Polonia, y el mismo Ragoczy fué nombrado duque de los Estados confederados. Conoció el difícil arte de conducirse en medio de tan diversas pretensiones, sobre todo, por parte de los protestantes; cuando después entró en negociaciones con José, el uno quería la independencia del país, el otro su sujeción: era, pues, imposible entenderse. Constituyéndose, pues, los Estados en república, publicaron una proclama para justificar su modo de obrar; los de Transilvania hicieron también homenaje de su mando á Ragoczy, y la guerra de partidas se continuó contra el Austria, cuyo territorio asoló. Francia prometió socorros, que no envió. En fin, declaróse vacante el trono de Hungría; y Ragoczy, que había moderado á sus compatriotas, perdió su crédito. Cuando fué elegido rey de Polonia, la Transilvania se separó de él, y su alianza con la Rusia le hizo perder la amistad con la Francia. Secundando el papa á José I, fulminó la excomunión contra los húngaros; sobrevinieron disensiones, y después el cansancio. En fin, el conde Juan de Palfi, ban de Croacia, que mandaba á los austriacos, consiguió con victorias y dulzura hacer que la república firmase un tratado de paz (1711). Concedióse perdón general á Ragoczy y á aquellos de sus partidarios que se sometiesen en el término de tres meses; á las viudas é hijos de los condenados debían devolverse sus bienes sin poder nunca establecerse tribunal especial. Confiando Ragoczy en los socorros de la Rusia, rehusó la amnistia; engañado después en sus esperanzas, vivió con las pensiones de la Francia. Concluyó por tener posesiones en Asia, donde murió tranquilo, y con sentimientos religiosos, en 1735.

En el ínterin había muerto José I; y Carlos VI nuevo emperador, sancionó aquella paz, confirmando los privilegios de los húngaros, menos el decreto de Andrés II. Estipulóse que llegando á

extinguirse su línea, la elección recaería en los Estados; y que el rey hereditario de Hungría no se haría cargo del gobierno sino después de haberse hecho coronar.

Aquí concluye la rebelión de los húngaros y su historia. Carlos los ganó á su partido restituyéndoles

la corona de San Estéban y protegiendo á los protestantes; desde entonces aquellos turbulentos magnates han sido fieles al Austria, y en lugar de unirse á los turcos fueron para ellos temibles adversarios, hasta que los tiempos mudaron sus ideas, y la sublevación produjo nuevas desgracias.

CAPÍTULO XXIV

ESPAÑA Y PORTUGAL.

Francia, Inglaterra y Austria, cuyas vicisitudes acabamos de seguir, se comprometen en aquella época en una guerra que cambia la faz de Europa.

La España, que había hecho temer por un momento á la Europa ser subyugada por sus armas declinaba cada día más: inmenso bajel, que tenía su pro en el mar de las Indias y su popa en el Atlántico, pero desprovisto de remos, aparejos y piloto. Fernando el Católico había dominado al clero, atribuyéndose el nombramiento de los beneficios; Carlos Quinto reprimió á las comunidades con los nobles, humillando después á los nobles, que habían fundado el reino y defendido sus franquicias; Felipe II los redujo al papel de cortesanos, rodeados de riquezas, clientes, y orgullosos con poder cubrirse delante del rey, pero sin autoridad; por otra parte, la segunda nobleza se separaba de ellos para servir á la Iglesia ó á la monarquía. Habían muerto la vida casi independiente de las ciudades y el heroísmo de la caballería religiosa. Los suplicios enseñaron á las cortes á callarse; y el simulacro que se dejó subsistir de ellas pudo poner trabas al bien, pero no impedir el mal, en un país donde *El rey lo quiere* tenía fuerza de ley. Habiéndose arrebatado á la nación toda cooperación en sus propios destinos, no sobrevivía más que el amor á la patria y el respeto á la autoridad.

En su continua lucha con una nación de una fe y de una naturaleza diferentes, la España se había aficionado á las conquistas, y se acostumbró á avasallar á los vencidos y á querer subyugarlos en lugar de gobernarlos. Esta táctica le perjudicó cuando tuvo que habérselas con los europeos. Los Países-Bajos, el Portugal y la Italia gimieron bajo su yugo de hierro; la América fué sujeta por la fuerza, y empobrecida con las exacciones; las colonias y las provincias eran oprimidas por los vireyes, que se renovaban á cada momento, y que

eran sumamente ignorantes. Con objeto de disimular Felipe II la decadencia de su imperio ó para afectar majestad, tanto él como sus sucesores, se encerraron en un suntuoso palacio, donde no se conocía al pueblo sino por relación, y al hombre sino al través de un sombrío y rigoroso ceremonial. El inquisidor general era el primer personaje en palacio. Encontrábase comprimida la imaginación cuando en otras partes se le abría un estenso camino. La intolerancia hizo desterrar á la industria con los judíos, y con los moros á la población, que se encontró reducida á cinco millones y medio. Encontrábase la agricultura gravada por la *mesta* y amenazada de languidez en manos del clero y de la nobleza, extraños el uno por naturaleza, la otra por orgullo á toda idea de mejora. Habían llegado á tal grado las cosas, que si llegaban á faltar las flotas de las Indias, no quedaba al país ningún recurso para atender á sus más urgentes necesidades.

Contábanse en la monarquía, en tiempo de Felipe II, trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil de segundo orden, y el doble de religiosos regulares. Entre éstos surgían de continuo cuestiones: los inquisidores esparcían el terror en lo interior del país, al mismo tiempo que luchaban con el papa; los obispos inmensamente ricos no se ocupaban de sus rebaños. Los grandes empleos del Estado no se desempeñaban más que tres ó cuatro años, como beneficios concedidos á la inesperienza á fin de que pensasen sacar ventaja de ellos, sin tomarse el trabajo de adquirir la práctica. Desde el fondo de sus inaccesibles palacios, los monarcas no podían dar la vida ni al Estado ni á la administración; su arbitraria autoridad estaba llena de trabas por los asilos y las inmunidades de los nobles y de las iglesias, de tal manera, que la seguridad y la justicia no indemnizaban